

EL GENERAL ALEMAN AUGUSTO VON GOEBEN

por LUIS RUIZ HERNANDEZ
Coronel de Intendencia

«Durante la primera guerra carlista (1833-40), un buen número de extranjeros vino a España para luchar en uno u otro bando. Los que recalaron en el campo cristino eran, en su mayoría, mercenarios, gentes del oficio, carne de cañón, a quienes los Gobiernos de la Cuádruple alianza enviaron como se envía un cargamento de salitre o una batería de ametralladoras; sin que ello sea óbice para que, por su valor, se hicieran acreedores a la admiración y al recuerdo que la historia les ha dedicado en publicaciones copiosas.

»En cambio, los que formaron en las filas carlistas eran voluntarios, gentes de ideal, que luchaban por principios y por primogenituras. Casi todos estos voluntarios carlistas eran franceses o alemanes.

»Coincidió aquella época con el brote vigoroso del romanticismo en Gottinga y con la senectud y muerte de la legitimidad en Francia. Ambas causas se hermanaron. La tradición francesa, henchida de recuerdos, y la juventud alemana, plena de esperanza, formaron un nexo que vino a quemarse en holocausto en aquella hoguera de la guerra civil española.

» ¡Triste condición y, al propio tiempo, honroso destino el de nuestra tierra, que ha de servir de campo de Agramante y de palestra en las lides ideológicas!

»Muchos de aquellos franceses y alemanes que lograron sobrevivir y volver a su patria, dejaron escritas sus memorias. Algunas de estas obras son ya conocidas en España; pero otras muchas, sobre todo las alemanas, pueden considerarse como inéditas, a causa de la barrera del idioma (1).

(1) Hasta ahora parece ser que no se ha publicado más que la traducción de la obra del príncipe Lichnowsky, que con el título de *Recuerdos de la guerra car-*

»Algunos curiosos quedaron admirados ante la copiosidad de repertorio (2). Tal vez, hoy mismo, produzca sorpresa a muchos de mis lectores la noticia de que en la primera guerra carlista lucharon en España, en las filas de Don Carlos, tres príncipes alemanes: Stolberg, Schwarzenberg y Lichnowsky.

»Sería oportuno el recuerdo de otros alemanes expertos, como von Rahden y von Goeben; diplomáticos conspicuos, como von Vaerst; aventureros, como Laurens, y fracasados, como Gottlieb Mils, que buscaba la muerte.

»También sería oportuno aprovechar la circunstancia de este renacimiento de la curiosidad histórica que se nota hoy en España, sobre todo en lo que se refiere al siglo XIX, tan calumniado y tan fecundo, para dar a conocer estas obras fundamentales, en las que los extranjeros reflejan sus impresiones con una visualidad más precisa y con mayor clarividencia, en ciertos aspectos, que los naturales, quienes, por estar dentro del bosque, no conocen sus linderos» (3).

He querido comenzar el presente estudio sobre el general von Goeben, con la transcripción literal de los precedentes párrafos de don José María Azcona, porque ellos le sirven perfectamente de prólogo; pues expresan sabia y elegantemente el propósito que me ha impulsado a realizar esta mi modesta tarea, que no es otra que el aportar mi contribución (4) al mejor conocimiento de nuestra his-

lista 1835-1839, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1942, dio a la luz el distinguido bibliófilo y erudito y documentado historiador (correspondiente de la Real Academia de la Historia) don José María Azcona y Díaz de Rada, fallecido en Tafalla (Navarra), el día 1 de junio de 1951. Pero hubo de realizar su trabajo sirviéndose de una traducción francesa, al parecer hecha fielmente del original alemán, publicada en París en 1844. por haberle sido imposible encontrar ejemplar alguno escrito en aquella lengua.

(2) Se refiere al que bajo el título de *Desiderata: Guerres carlistes. Livres allemands*. Tafalle. Imp. Albéniz, 1931, publicó el citado don José María Azcona.

(3) PRÍNCIPE FÉLIX DE LICHNOWSKY: *Recuerdos de la guerra carlista*; prólogo, traducción y notas de José María Azcona y Díaz de Rada, co-respondiente de la Real Academia de la Historia (Espasa-Calpe, S. A.). Madrid, 1942, páginas 5, 6 y 7.

(4) Tenemos traducida, desde hace algún tiempo, pendiente de publicación, la obra del General von Goeben: *Vier Jahre in Spanien. Die Carlisten, ihre Erhebung, ihr Kampf, und ihr Untergang Skizzen und Erinnerungen aus dem Bürgerkriege*. Hannover, 1841 (*Cuatro años en España. Los Carlistas, su levantamiento, su lucha y su ocaso. Bosquejos y recuerdos de la guerra civil*). Un volumen de XVI + 656 págs. 20 x 12 cms.

toria del siglo XIX, que no es sólo, como dijera satíricamente el poeta Selgas :

¡Oh, siglo del vapor y del buen tono!
 ¡Oh, venturoso siglo diez y nueve!
 O, por mejor decir, décimo nono ;
 Si alguna pluma cáustica se atreve
 A negar tus virtudes y tu gloria,
 Yo la declaro pérfida y aleve.

sino un siglo en que, como sabemos, se desarrollaron en nuestra Patria sucesos del más elevado interés, no sólo para nosotros, españoles, sino para el mundo entero, a saber: las guerras ideológicas (Independencia y Carlistas), de significación marcadamente antirrevolucionaria y española.

Y, por otra parte, con la cita de las precedentes líneas quiero rendir un emocionado recuerdo al mentado escritor a quien tanto debe la historia de nuestro siglo XIX y, sobre todo, la de las guerras carlistas.

Haremos, pues, un boceto de la vida del ilustre general alemán von Goeben, deteniéndonos con mayor detalle en sus andanzas por España (y Marruecos); boceto terminado con un bosquejo de su carácter.

* * *

Nuestro héroe, cuyo nombre completo es Augusto Carlos, Federico, Cristián von Goeben, nació el 10 de diciembre de 1816, en Stade del Elba (Hannover), en el seno de una familia hidalga y militar. En efecto, su padre fue comandante de Artillería, director del Parque de Hannover, por encontrarse inútil, a causa de sus heridas, para el servicio activo de las armas (5), que comenzó a los diecisiete años como voluntario en la legión anglo-alemana, organizada por aquellas fechas para luchar contra Francia. Su madre fue Juana Kuckuk, hija de un general hannoveriano. Del matrimonio nacieron siete hijos: cuatro varones y tres hembras. Augusto era el mayor de los niños.

Los diez primeros años de su vida los pasó en Stade, y en 1826

(5) Fue herido dos veces: la primera en el asalto a Badajoz, formando parte del ejército de Wellington, y la segunda en Quatrebras (Bélgica), en 1815.

marchó a Celle, a donde había sido trasladado su padre. En ambas ciudades fue al gimnasio, distinguiéndose en seguida por su talento precoz. Alto y delgado, silencioso y concentrado en sí mismo, infatigable lector, especialmente de obras de historia militar, alcanzó el primer lugar en aprovechamiento. También, por entonces, demostró gran afición a los relatos de viajes y aventuras, «tragándose» literalmente las narraciones de F. Cooper, las novelas del capitán Marryat, y otras obras por el estilo, de aquella época.

Dominaba el latín y redactaba sus ejercicios en elegante alemán.

Tras una tenaz lucha contra su padre (que prefería, como es natural, el de Hannover), ingresó nuestro personaje en el ejército prusiano, apenas cumplidos los diecisiete años, sentando plaza de «avantageur» (aspirante a oficial) en el Regimiento de Infantería prusiana, núm. 24, de guarnición en Neu-Ruppin, que tenía fama de ser una excelente unidad, distinguida por la frase con la que la había señalado el célebre mariscal Blücher: «El 24 regimiento sólo tiene una falta; es demasiado bueno». Ascendió a alférez el 20 de mayo de 1834, y el mismo día ya tuvo un duelo, sin consecuencias, con su compañero de Cuerpo, el teniente Guillermo von Grumbroco. Neu-Ruppin, situada a la orilla de un hermoso lago, dio facilidades a von Goeben para ejercitarse en la natación, cualidad que estimó mucho y que había de salvarle la vida en España, en cierta ocasión, que conoceremos más adelante.

Los jóvenes compañeros de Goeben le llaman con frecuencia por el apodo, que nunca tomó a mal, de «How do you do» a causa de la preferencia que muchas veces mostró por la lengua y literatura inglesas, que dominaba perfectamente. Hizose también jugador excelente de ajedrez. Ascendió a teniente el 14 de febrero de 1835.

Pero la vida monótona de guarnición en la pequeña ciudad (en la que también prestó servicio algún tiempo el insigne Clausewitz), le resultaba muy pesada; como, además, tuvo algún incidente desagradable, decidió abandonar momentáneamente el servicio, cosa que efectuó licenciándose el 7 de marzo de 1836 y regresando seguidamente a la casa paterna.

Mas su recia vocación militar y su espíritu aventurero le acuciaban sin tregua. Tuvo primeramente el pensamiento de ir a la India para luchar allí por la independencia de este país contra Inglaterra. Opúsose a ello su padre, echándole en cara su condición de súbdito

del rey de Inglaterra, soberano, también por entonces, de Hannover, y esta consideración bastó a disuadirle de su propósito.

* * *

Mas otra ocasión magnífica se ofrecía, al propio tiempo, a sus deseos. Tratábase de la *guerra carlista* que, por entonces, comienzos de 1836, encontrábase en pleno apogeo. Apresuróse, con entusiasmo, a incorporarse al teatro de operaciones y he aquí sus propias palabras respecto al particular:

«...Pasó algún tiempo y se supo un nuevo rasgo de la doblez de lenguaje del Gobierno inglés. No quería mezclarse en la guerra española de sucesión, no quería mandar oficialmente tropas ni barco alguno en auxilio del Gobierno de la Infanta Isabel, protegida por él y, sin embargo, permitió a Sir Lacy de Evans organizar con su dinero (del Gobierno) una legión extranjera y, con oficiales del mismo, correr en ayuda de los apurados cristinos.

»Así que mi padre hubo de conceder que era ésta la ocasión más favorable para dar una satisfacción a mi monarquismo, como a mi odio a Inglaterra; y más habida cuenta de que muchos y distinguidos oficiales alemanes habían dejado el servicio de la patria y habían puesto su espada a disposición de Carlos V. Fácilmente recibí el permiso del Gobierno prusiano, que dispensaba todas sus simpatías a la heroica empresa de Don Carlos» (6).

Con alas en los pies, como él mismo dice, entregado a esperanzadores y altivos sueños, joven, exaltado, ardiéndole la sangre, se encaminó a España, que, «languideciendo bajo el doble yugo de la revolución y de la usurpación, intentaba sacudir sus cadenas en medio de sus convulsiones.»

En la primavera de 1836, disfrazado de campesino vascongado, guiado por contrabandistas, cruzó la frontera francesa y llegó a Zugarramurdi, el primer pueblo carlista, donde fue bien acogido por las autoridades y la oficialidad de las dos Compañías de guarnición, entendiéndose con ellos en francés. En los días que allí permaneció enteróse detenidamente del proceso de la guerra hasta entonces, relatando brevemente los acontecimientos, sobre todo las

(6) GEBHARD ZERNIN: *August von Goeben, Königlich preussischer General der Infanterie*, Berlín, 1901, Ernst Siegfried Mittler und Sohn, Königlich Buchhandlung; págs. 10 y 11.

campañas de Zumalacárregui, por quien expresa su entusiasmo: «Europa —dice— ha repetido con admiración el nombre de Zumalacárregui».

El 26 de mayo salió para Irún, donde permaneció cinco días hasta recibir del cuartel real el pasaporte para seguir viaje. Los oficiales carlistas, al enterarse de su condición de oficial prusiano le enseñaron, muy satisfechos, las obras de defensa que habían construido. Goeben las encontró defectuosas, pero no quiso criticarlas por no herir el amor propio de sus nuevos amigos y, además, por modestia, pues, dice, no era ingeniero.

Caballero en un mulo, pasando por Tolosa llegó a Villafranca, donde se hallaba entonces la reducida corte de Carlos V. El 31 de mayo fue recibido muy amablemente por el monarca, con quien conversó en francés. De pequeña estatura, robusto, amable, bondadoso, con bigote rubio rojizo, vestía de paisano. Tenía las cualidades precisas para haber sido buen Rey en otra época; en la suya encontraba muchas dificultades para ello.

Se le destinó, de momento, a Hernani, donde se encontraba el Estado Mayor de Guipúzcoa. Se le ofreció un puesto en el Cuerpo de Ingenieros, que él declinó por estimar que un oficial de Infantería prusiana no podía ser un buen oficial de Ingenieros español; algunos años después perteneció a este Cuerpo, como veremos más adelante.

Describe el país vasco-navarro. Los vascongados son una raza robusta, seria, reservada, noble, amantes de la tierra, soldados valientes, marinos intrépidos, hábiles cortesanos y hombres de Estado. De sencillez y limpieza patriarcales, sus costumbres se han pervertido un tanto con la guerra. Las casas son cómodas y limpias. Las mujeres hermosas y honestas, culminando su belleza en Azcoitia y Azpeitia. Muchas trabajan en el campo, porque los hombres están en la guerra.

Le llaman la atención las bellas melancólicas canciones del país, cuyo suelo es rico y bien trabajado. Hay un activo comercio con Francia. Se han unido voluntariamente a la Monarquía con la reserva de sus fueros, cuya abolición podría ser política, pero siempre injusta. Tienen sus Cortes y sus jueces, y todos son hidalgos. La defensa de sus fueros y libertades ha sido uno de los motivos fundamentales para lanzarles a la guerra.

El 5 de junio recibe su ansiado bautismo de fuego, cerca de Pasajes, agregado a la Compañía de Granaderos del 2.º Batallón de Guipúzcoa, mandada por un capitán suizo. Treparon a unas al-

turas donde había un reducto defendido por ingleses de casaca encarnada. Un buque inglés comenzó a cañonearles; sin embargo, los guipuzcoanos avanzaban con bravura. Acercábaseles, con paso seguro, una masa gris oscura. Era la Infantería de Marina inglesa, que avanzaba silenciosa y tranquila, como si no disparasen contra ella. Los cañones ingleses seguían diezmando las filas carlistas y tuvieron que retirarse después de haber caído la mayoría de los oficiales y más de la mitad de la tropa. El suizo fue herido. Una bala le atravesó el pulmón derecho. Murió aquella misma noche, evocando a su madre y a su lejana patria.

Tomó parte, el 11 de julio, en la lucha para defender Fuenterrabía e Irún del ataque de los liberales. Le impresiona profundamente la religiosidad de los soldados carlistas, los cuales rezan el rosario y reciben la absolución general que, arrodillados, les da un capellán, antes de comenzar el combate. Acompañando a un ayudante que transmitía órdenes, una descarga enemiga le mata el caballo y le hiere en una pantorrilla; le hacen prisionero. Habló en francés y fue bien tratado. Al ser conducido al campo inglés, se escapa; déjase caer rodando por una ladera y va a caer precisamente en Pasajes, entre ingleses, quienes de momento le toman por un «chapelgorri» (7). Vuelve a escaparse, pero al intentar el paso por la línea cae, definitivamente, en manos inglesas. Por su calidad de hannoveriano, le tratan bien, e incluso le invitan a comer y beber con ellos, sin perjuicio de fusilarle después, a pesar de tal camaradería. Pero Lacy Evans, tras de conversar amablemente con él, dispone su encierro en una celda, al parecer del castillo de San Telmo. Allí permanece mes y medio, hasta que es conducido a Santander en el vapor «Reina Gobernadora», en buena compañía con oficiales ingleses, que ponderan el valor de los carlistas, mientras desprecian a los «cristinos». Doblan la punta que los ingleses llaman «Wellington's nose» (nariz de Wellington) y arriban a Santander, donde es entregado a las autoridades liberales, en 26 de agosto. Ingresó en prisión, por breves días, y sale con dirección a Logroño, por jornadas ordinarias, montado en asno y escoltado por soldados. Pasó el Ebro junto a sus fuerzas, y, por Reinosa, Pancorbo y Miranda de Ebro, llegó a Vitoria, en cuya sazón se encontraba en di-

(7) Los chapelgorris eran voluntarios liberales vascongados, llamados así por ir tocados con boina roja (en vascuence boina es chapel, y encarnado, gorri).

cha plaza el general Córdova, que había resignado el mando. Continúa su camino para la Rioja. El 13 de septiembre ve a Oráa cuando salía de Calahorra, al amanecer. El populacho de dicha ciudad le ataca, salvando su vida gracias a la protección de su escolta, no sin sufrir varias heridas. Cree morir, «pero con firmeza, como buen carlista».

Al día siguiente llegó a Logroño, ingresando en una celda del Colegio de los jesuitas, convertido en prisión. Ocho meses pasó Goeben allí. El 8 de junio de 1837 entró en su celda un oficial para comunicarle que iba a ser conducido a la frontera francesa, expulsado por orden de Espartero. Pero él salió decidido a no llegar a territorio francés. Siguió el camino que va por la margen derecha del Ebro, pernoctando en Calahorra el primer día de marcha. Al segundo se hizo alto para comer en una casa de campo, próxima a la orilla, siendo encerrado en el piso superior. Los soldados descuidaron su vigilancia a la hora de la siesta, y él saltó por una ventana y echó a correr hacia el río, perseguido por las voces y disparos de sus guardianes. Hábil nadador, como sabemos, cruzó el Ebro buceando y se ocultó en unos olivares del otro lado. Se dirigió luego a un campesino que trabajaba la tierra, y éste le ocultó en su casa, y de noche, montado en un mulo, le condujo hasta Estella, pasando muy cerca de Lerín, ocupado por los liberales, oyendo la voz de sus centinelas. En Estella se presentó al general Francisco García, comandante de la plaza, quien le hizo objeto de una cordial acogida. El día 15 ya estaba de nuevo en campaña nuestro héroe, formando parte de las fuerzas carlistas que aquella noche sorprendieron a Peralta, cuya muralla escaló en unión de tres granaderos; rompieron la puerta a hachazos, y la plaza fue tomada y saqueada, haciendo 70 prisioneros. Después de permanecer tres días en la villa, la abandonaron, retirándose a Estella.

Unos días después fué Goeben comisionado por García para conducir a Francia 70 individuos de la Legión francesa, alemanes en su mayor parte, pasados a las filas carlistas, y que querían regresar a su patria. En Zugarramurdi los entregó a los gendarmes franceses.

Pernoctando en un pueblecito del valle de Ulzama, de regreso a Estella, irrumpió en la casa una compañía de soldados liberales. Creyóse perdido, pero eran desertores.

A principios de julio llegó a Estella. Entretanto Uranga, co-



Busto y autógrafo del General von Guben. (Fotografía que se conserva en el Archivo de la ciudad de Stade-Elba).



El General von Goeben, hacia los años 1870-71 (guerra franco-prusiana).
Grabado de la época.

mandante general de Navarra, había salido para el valle de Mena, yendo Espartero en su persecución.

Avido de lucha y de gloria, nuestro Goeben formó parte de la expedición de Zaratiegui, cuyo objetivo era, ante todo, distraer fuerzas enemigas, facilitando así los movimientos de la expedición real; objetivo que, como veremos en seguida, logró ampliamente, recogiendo abundante cosecha de triunfos.

Salió dicha expedición de Santa Cruz de Campezu (Alava), el día 17 de julio de 1837. Constaba de siete batallones, uno de los cuales estaba en cuadro, para completarlo con los reclutas que se fuesen incorporando, y tres escuadrones; uno de ellos el de la Legitimidad, de cincuenta plazas, cubiertas todas por oficiales que no pudieron tener mandos, por su excesivo número. En total 3.700 hombres de Infantería y 220 caballos. Como jefe de Estado Mayor iba el general Elío. La expedición atravesó Alava hasta Zambrana, donde estableció contacto con el enemigo, constituido por la legión portuguesa, al mando del coronel Barón das Antas (con un efectivo de 6.200 infantes y 360 caballos) y la guerrilla de Zurbano.

Los carlistas fueron sorprendidos en los primeros momentos; pero reaccionaron con violencia, derrotando totalmente al adversario, al que causaron más de 1.100 bajas, entre ellas al Barón das Antas, muerto; apoderándose de 900 fusiles y 40 caballos. Las bajas suyas fueron 500.

Goeben se condujo con el denuedo y pericia acostumbrados. Su caballo fue herido en la batalla. Zaratiegui le regaló el caballo del coronel portugués, magnífico alazán, y le propuso para la Orden de San Fernando.

La noche del 21 al 22 de julio pasaron el Ebro entre Miranda y Haro, internándose en Castilla.

El 3 de agosto estaban frente a Segovia. Zaratiegui ordenó el asalto a la brigada de Vizcaya, en la que iba Goeben, a quien dijo: «Vd. será el primero que se encuentre dentro de los muros». La guarnición se refugió en el Alcázar. Fue saqueada, entre otras, la Casa de la Moneda, aprovechándose la ocasión para batirla con la efigie de Carlos V, y ocurriendo escenas pintorescas, como la de un oficial carlista que, provisto de un saco de piezas de plata de medio duro, las regalaba, a puñados, a los transeúntes. Al siguiente, día 4, capituló el Alcázar, saliendo los 300 cadetes de Artillería que lo ocupaban a tambor batiente y con armas.

Dejando en Segovia el batallón en cuadro (uno de Aragón), prosiguió Zaratiegui su marcha hacia Madrid; ocupó San Ildefonso de la Granja y, por el puerto de Guadarrama, llegó sin resistencia, hasta Las Rozas, encontrándola aquí, y sería. Regresó a Segovia, donde volvió a entrar el día 14 y, marchando hacia el Norte, tropezó en Nebreda (Burgos), con la columna Méndez Vigo. Tomó Salas de los Infantes y Burgo de Osma, cuya guarnición capituló.

La expedición se dirigió a Lerma. El 5 de septiembre se acercó Goeben a reconocer la ciudad; se adelantó sólo, cabalgando alegremente en su alazán portugués. Al doblar un recodo del camino, a doscientos pasos de la plaza, vio un destacamento de caballería cristina y el corro vespertino de paseantes, damas y caballeros, entre ellos muchos oficiales. Al ver la boina roja de Goeben, gritaron: «¡Los facciosos!» Todos huyeron a meterse en la ciudad, incluso los veinticinco lanceros. Goeben siguió tras ellos, hasta que se dieron cuenta de que iba solo, y le hicieron volver grupas. Perseguido por los cristinos, llegó a las filas carlistas, que vacilaron un momento; pero Goeben revolvió su caballo e hizo frente a los cristinos, que huyeron dejando tres prisioneros.

Zaratiegui arrestó a Goeben por lo que juzgó petulancia. Levantóle en seguida el arresto, y le regaló un catalejo para que pudiera ver al enemigo desde lejos. Aquella misma noche fue con dos compañías de granaderos a sorprender la ciudad. Escaló una casa pegada a la muralla y se metió por una ventana. En la habitación correspondiente se hallaba una hermosa joven, a medio vestir, que exclamó: «Caballero, por Dios». De aquella casa bajó a la calle con un grupo de barbudos granaderos. Abrieron las puertas de la muralla, y las tropas carlistas entraron en Lerma. Hubo fuerte lucha, casa por casa. Los 700 hombres de la guarnición capitularon.

El 10 de septiembre entró la expedición en Aranda de Duero, y el día 15 llegó a Valladolid, cuyas autoridades, entre ellas el arzobispo, conocido liberal (dice Goeben), salieron a recibir a los carlistas. Zaratiegui publicó una amnistía general y prohibió las depredaciones bajo severas penas. Su tropa, bizarra y bien equipada, produjo magnífica impresión en la población civil, que agasajó a los carlista con fiestas y bailes. La guarnición, de 1.200 hombres, con 14 cañones, se refugió en el fuerte de San Benito, rindiéndose a los tres días. El brigadier Iturbe ocupó la ciudad de Toro.

Valladolid fue abandonada el 24; ese mismo día hubo un encuentro con una fuerte columna liberal mandada por Carondelet; Zaratiegui tuvo algunas bajas, entre ellas Goeben, que resultó herido en un codo, con muerte de su magnífico caballo.

Ese mismo día pernoctó la expedición en Tudela, donde Zaratiegui se enteró de la retirada de la expedición real, recibiendo la orden de unirse a ella. Quiso impedirlo el general Lorenzo, ocupando con fuerzas considerables (8.000 hombres con artillería) el puente de Aranda; pero fue batido por Zaratiegui, quien pudo incorporarse a aquella expedición. Goeben recibió la orden de conducir al Norte un convoy de 200 inútiles, con una escolta de 20 soldados de infantería; y, atravesando Burgos y Alava, llegó el día 7 de octubre a la Peña de Orduña, y seguidamente a Navarra, donde curó su herida y se repuso en una pequeña aldea, próxima a Estella (probablemente Irache).

Pero no era el ocio para nuestro hombre: al igual que el héroe del clásico romance, también su «descanso era pelear». Y así, al organizarse la expedición, cuyo jefe era el general don Basilio Antonio García, pidió tomar parte en ella, dándosele el mando de una Compañía. Los cuatro batallones que integraban la expedición eran castellanos, contando además con dos escuadrones. El jefe de Estado Mayor era el Marqués de Santa Olalla.

Salieron de Los Arcos (Navarra), el día 28 de diciembre. Las mujeres, con certera intuición, al verles salir del pueblo, se lamentaban y decían: «¡Los pobres, que ya son perdidos!».

Atravesaron el Ebro por el vado de Mendavia, impracticable a causa de la crecida y con el agua helada. Hubo escenas horribles, y los ahogados fueron más de 200. Entre ellos estaba el capitán Gustavo Philippson, holandés, cuyo padre y un hermano, también militares, habían perecido ahogados igualmente en el Escalda, y él tenía el presentimiento de que así había de ser su muerte.

Cruzando Soria y Zaragoza, se encaminó la expedición a tierras de Cuenca. El 13 de enero de 1838, en Sotoca, fue atacada por la columna del general cristino Ulibarri; tras porfiado combate, retiráronse los carlistas, batidos, dejando algunos muertos, heridos y prisioneros; entre ellos, gravemente herido en el bazo derecho, nuestro Goeben. Quedó recogido en una casa de Las Cuevas. Entró en el pueblo una compañía de cazadores de Infantería, cuyo capitán se comportó humanitariamente, pero se marcharon en seguida, entrando, a su vez, una fuerza de dragones, que maltrataron a los he-

ridos. Le evacuaron a pie, dándole culatazos. Cayó al suelo sin sentido, y entonces le montaron en un mulo, hasta Cuenca, en cuyo hospital pasó cuatro terribles meses, hasta que pudo levantarse de la cama. Quisieron los cirujanos amputarle el brazo varias veces, pero siempre lo rehusó; gracias a ello y a su robusta naturaleza, pudo salvarlo. Durante su hospitalización fue caritativamente atendido por el obispo y por una agraciada joven carlista.

El 12 de julio fue trasladado a Madrid, con otros prisioneros. El jefe de la escolta, capitán de Infantería, era un perfecto caballero que le prodigó atenciones. A su llegada a la Corte, por el paseo del Prado, el populacho y, sobre todo, los milicianos nacionales, insultaban a los prisioneros. Se le encerró en una infecta cárcel, de la que salió el 6 de octubre, camino de las casamatas de Cádiz.

Pasó el Tajo por Aranjuez, cruzó la Mancha, sufriendo terriblemente de sed, y llegó a Andalucía por Despeñaperros. Descansó en Bailén, dedicó un recuerdo a la batalla del mismo nombre y otro a José María «el Tempranillo», cuyas hazañas estaban recientes. Encomió las bellezas de Andalucía. Por Andújar, Córdoba, Sevilla y Puerto de Santa María, llegó a Cádiz. Le agradó la suavidad de su clima y su limpieza (8).

En la primavera de 1839 cesaron los malos tratos, ante las amenazas de Cabrera. Hubo rumores de canje. El cónsul de la Gran Bretaña y Hannover, en Cádiz, consiguió que fuese incluido Goeben.

Se despidió con pena de sus compañeros de prisión. El 28 de junio embarcó en un viejo buque de cabotaje, con otros treinta y nueve oficiales. Corrieron un gran temporal, que les lanzó hasta las costas de Cerdeña, y por fin anclaron en El Grao de Valencia, el día 14 de julio. Desde allí, a pie, por Murviedro, llegaron a Castellón, donde, el 1 de agosto, fueron canjeados. Se incorporó, en San Mateo, al ejército de Cabrera y marchó a Chelva, conociendo aquí al brigadier Arévalo, con cuyas fuerzas combatió en Chulilla, deshaciendo la brigada cristina de Ortiz.

El 24 de agosto fué presentado a Cabrera por Arévalo, que le tenía ya en gran aprecio. Cabrera le miró con prevención, por su elevada estatura y por las gafas azules que llevaba.

—Esas gafas, ¿son moda en su tierra?—le pregunta.

(8) Llama a Cádiz «taza de plata» (sic en el original).

Goeben le respondió que las llevaba para proteger los ojos, debilitados por la oscuridad de las casamatas de Cádiz.

—¡Pretextos, car...!—replica Cabrera.

Goeben, a pesar de las señas que le hacía Arévalo, situado detrás de Cabrera, pidió a éste pasaporte para incorporarse al ejército de Cataluña. Arévalo habló con Cabrera y éste retuvo a Goeben.

Formó en una columna con la que Cabrera se dirigió hacia Cuenca, partiendo de Chelva, el día 28 de agosto. El 30 se les incorporaron Forcadell y Balmaseda, con algunas tropas de infantería y caballería. El 31 entablaron combate con las fuerzas liberales mandadas por don Santiago Pérez, que lucharon bravamente, en Carboneras, pero fueron deshechas, con unas 3.000 bajas, entre muertos, heridos y prisioneros. Goeben se ofreció voluntario para atacar y tomar unas casas, que se defendían con encarnizamiento. Cabrera se portó magnánimamente con los vencidos, y dio a nuestro héroe el pasaporte para Cataluña. Separóse con pesar del que en los pocos días que le había tratado, juzgaba como un soberbio caudillo.

Por Cañete dirigióse a Morella, donde llegó el 25 de septiembre; abandonándola el 15 de octubre para marchar a Caserras, en el alto Llobregat, donde tenía su cuartel general el Conde de España, jefe de las fuerzas carlistas en Cataluña. Llegó el 23, después de pasar el Ebro por Flix y atravesar una extensa zona enemiga, sin contratiempo alguno. Por un malentendido le arrestó el Conde, antes de presentarse, y Goeben le escribió una carta atenta, pero enérgica. De España reconoció su error, recibéndole afablemente, invitándole a su mesa y destinándole a su Estado Mayor. Refiere Goeben varias curiosas anécdotas, pintura exacta de las genialidades del carácter del Conde. Este fue detenido el 26 de octubre. Goeben notó que algo grave le ocultaban, pues cuchicheaban los conjurados llamándole «maldito gabacho».

Un coronel y miembro de la Junta le dijo secamente:

—Puede Ud. marcharse, capitán.

—¿A dónde?

—Al infierno.

Goeben dependía directamente del Conde de España, y preguntó:

—¿Dónde está el Conde?

—El viejo está muy lejos de aquí—le replicaron—. Vaya a ver al gobernador.

Alguno de aquellos hombres, en plena rebeldía y ya en la pendiente del crimen, gritó:

—¡Matad a ese perro insolente!

Salió de aquella casa y fue a ver al gobernador, que le asignó un alojamiento. Pero llegó entretanto el general Segarra, el cual le anunció que, como no había vacantes, tenía que ir al depósito.

—Prefiero volver con Cabrera.

—Como Vd. quiera, capitán; feliz viaje.

Goeben relata seguidamente el repugnante asesinato cometido en la persona del anciano general.

El 30 de octubre sale de Berga para Morella; en el camino se cruza con los magníficos escuadrones de Balmaseda, quien, enemigo de Maroto, no había querido acogerse al convenio de Vergara, y marchó a Cataluña, para seguir luchando por la Causa.

Habla de un intento de asesinato de Cabrera, fraguado, al parecer, por su antiguo subordinado Cabañero, que ahora sirve a los liberales.

Llega a Morella, donde encuentra a Rahden. Comenta con dolor el asesinato del Conde de España. Marchan a Cantavieja, donde les recibe el coronel jefe de Ingenieros, Cartagena. A primeros de octubre, y en unión de Rahden, acompaña a Cabrea en una visita de inspección a diversas fortificaciones. Al presentársele esta vez, lo hace también con sus gafas azules. Cabrera, entonces, le confiesa que la antipatía que le demostró en su primer encuentro se debía a que, en 1837, había fusilado a un espía francés, masón, enviado por los liberales para asesinarle; que tenía un remoto parecido con Goeben, y que llevaba, como éste, unas gafas azules. Le destina al Cuerpo de Ingenieros, a petición de Rahden, y le regala, además, como prueba de su estima, un hermoso caballo.

En la segunda mitad de diciembre es víctima Cabrera de una grave y misteriosa enfermedad, que achaca Goeben a un intento de envenenamiento tramado por sus enemigos. La convalecencia es larga; dura cuatro meses.

Nuestro Goeben, que ha permanecido en Morella, sale de esta plaza el 22 de mayo de 1840, para dirigir las fortificaciones de Cañete, adonde llega en 1 de abril. Describe, con pintorescos detalles su viaje, acompañado, entre otros, de un teniente de Ingenieros portugués, de carácter violento, llegado a España con la legión portuguesa; pasado a los carlistas y que, en la última etapa deserta en compañía de una mujer, que iba también a Cañete, donde estaba preso su marido. Goeben execra este linaje de aventuras.

Llega en 30 de marzo a Cañete, cuyo comandante es el coronel

don Heliodoro Gil, quien con su guarnición de 650 infantes y 80 caballos domina prácticamente casi toda la provincia de Cuenca.

Goeben es el único alemán que queda en España entre los carlistas, y asiste a las últimas acciones de guerra. Dirige las fortificaciones de Cañete y ocúpase también en otros menesteres, en los que pone a contribución su fértil ingenio, como el de fundir botones de metal para los uniformes y fabricar proyectiles.

Hace una incursión en Aragón, con un recorrido casi de 120 leguas, al frente de una exigua fuerza, compuesta por 40 zapadores, 25 infantes y 10 jinetes, llegando a ocupar Albarracín, regresando a Cañete con su fuerza intacta, más 9 prisioneros y 53 mulos cargados de rico botín. Es admirable, cómo logra escapar a la persecución enemiga, que le acosa por todas partes.

A primeros de junio sabe Goeben que ha caído Morella y que Cabrera ha pasado el Ebro. Se ven aislados los de Cañete, y deciden abrirse paso hasta Francia. Recuerda con cariño a un hidalgo carlista, don Rodrigo Cantero, alma soñadora, refugiado en Cañete, que aún quiere seguir luchando, a cuenta de imaginarias ayudas del Ejército ruso y la escuadra de Cerdeña.

Abandonan Cañete el 9 de junio, dirigiéndose a Beteta. La gente comienza a dispersarse. Goeben va con un sargento y 25 zapadores; van abandonándole, hasta dejarse sólo con su fiel asistente, Marcos Valero, de Royuela (Albarracín), de quien habla con emoción. Tras incontables peripecias llegan al pueblo, donde los acoge el párroco.

En 20 de junio se presenta al Gobernador militar de Teruel, a recoger el pasaporte para Francia. Bien recibido por el Gobernador, el populacho le insulta. Una mujer habían asesinado con agujas y tijeras a un sacerdote, acusado de carlista.

Sale el día 21 de Teruel, tocado con su boina blanca; dos facinerosos le asaltan en la carretera, le hieren de un tiro en un brazo y le desvalijan de los pocos efectos que lleva encima, entre ellos interesantes apuntes y dibujos de sus campañas.

Vuelve a Teruel, en cuyo hospital permanece seis semanas, hasta curar de su herida. Abomina de tan salvajes atentados, porque, dice, «el verdadero soldado, por muy feroz y sediento de sangre que sea durante el combate, jamás rehusará el respeto y la admiración del adversario caído con valor».

Marcha, por fin, en un convoy de enfermos, escoltado, y llega a Murviedro, donde también le acechan los milicianos con ánimo de

«despacharlo». Por lo que recurre al cónsul inglés de Valencia, quien le extiende un pasaporte con nombre supuesto, como licenciado de la Legión británica.

Embarca el 8 de agosto, en el puerto del Grao de Valencia, llega el 12 a Barcelona, donde a la sazón se encuentra la Reina Gobernadora, María Cristina, y Espartero, quien, por aquellos días, es el ídolo de las multitudes progresistas: le ve muy aclamado en la ciudad condal.

Continúa su marcha a pie, por Figueras, y llega el 15 a Francia. El camino desde Barcelona lo ha hecho alimentándose con moras de zarza, pues no tiene un céntimo.

Las autoridades francesas de Perpiñán le ponen en la disyuntiva de ingresar en la Legión Extranjera, que entonces se bate en Argelia, o continuar seguidamente para Alemania. Rechaza, indignado, el forzado enganche y sigue, a pie, como siempre, hacia la patria añorada; viviendo, tan sólo, del socorro de tres perras gordas (sous) por legua, que el Gobierno francés le da, como a todo vagabundo. Mas se ha hecho en España tan formidable andarín, que hay día en que gana 1,50 francos. Así ha de hacer varias jornadas, alimentándose las más de ellas de frutos sin madurar, hasta que, el 2 de septiembre, «como teniente coronel y carlista pobre, pero rico en honra y heridas», según expresión del general von Rahden, llega a Hannover, donde vive su padre. De allí se dirige a Hüsselbur (Mecklemburgo) a la casa de su hermana predilecta, haciendo una soberbia marcha a pie.

* * *

Con su hermana permanece varios meses y escribe su primera obra *Cuatro meses en España*, ya citada, que aparece en Hannover, cuando cuenta tan solo veinticuatro años. Tan pronto recibe del editor los correspondientes honorarios, pónese en camino para Bourges (Francia), donde reside transitoriamente Don Carlos, a fin de procurarse nuevos certificados de sus servicios en España.

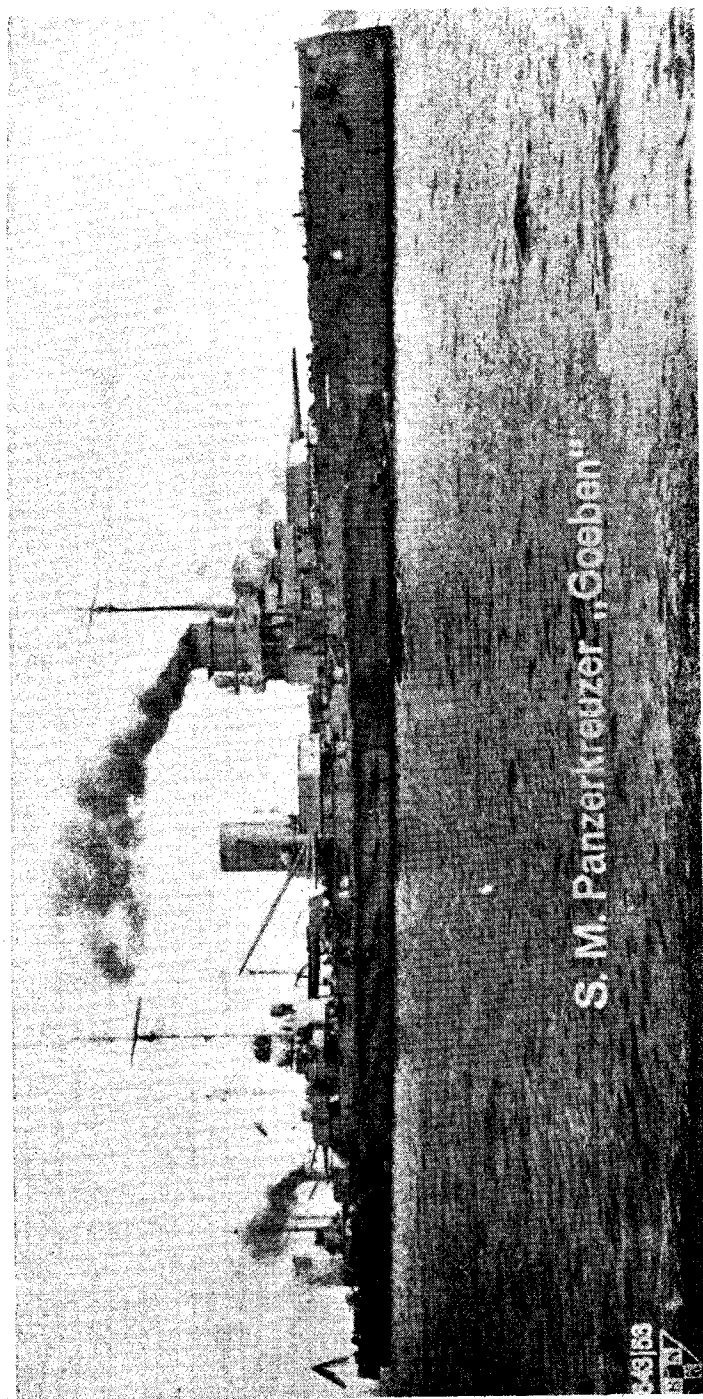
Tal impresión produce la lectura de esta obra en el entonces príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo (después Federico Guillermo IV), que hace se readmita a Goeben en el Ejército prusiano, cosa que tiene efecto el 26 de febrero de 1842. El 4 de abril de 1844 asciende a primer teniente, y el 3 de abril de 1845, a capitán. El 10 de octubre de este año contrae matrimonio con una prima suya, Juana Amalia von Frese, alma sencilla, amante de todo



Monumento erigido a von Goeben, en la plaza de su nombre de Coblenza, y cuya maqueta se conserva en el Museo Municipal de dicha ciudad.



Monumento a von Goeben, en su ciudad natal. (Archivo Municipal de Stade de Elba).



El acorazado Goeben. Desplazamiento, 23.000 toneladas; velocidad, 25,5 nudos; fuerza en H. P. 52000; dotación, 1.013 hombres.
(Fotografía del Archivo de la ciudad de Stade-Elba).

lo bueno y hermoso, aficionada a las bellas artes y, sobre todo, a la música; toca admirablemente el piano. Para el futuro general es «su vida, su sol, su todo». El matrimonio es muy feliz, pero sin hijos, gran contrariedad para Goeben, que quiere remediar adoptando a un niño.

Es trasladado al Estado Mayor del IV Cuerpo de Ejército, en Magdeburgo, el 27 de marzo de 1848; acontecimiento de gran importancia en su vida, pues allí conoce y traba profunda, perpetua y provechosa amistad con el general de dicho Cuerpo de Ejército, Barón von Moltke. Los dos se comprenden en seguida muy bien. Moltke tienen entonces cuarenta y siete años, y Goeben treinta y uno. Dedicóse éste a aprender con todas sus fuerzas de aquél, que no tiene discípulo más provechoso ni de mayor confianza que el ulterior vencedor de San Quintín.

Las esposas de ambos entablan también relaciones de una estrecha amistad, que dura toda la vida.

En 12 mayo de 1849 es destinado como jefe de Estado Mayor de la «División de operaciones en Westfalia», creada con el fin de aplastar la rebelión surgida en varios puntos de aquella región, efecto de las convulsiones revolucionarias del 48 en Europa.

Fue ésta la primera guerra que hacía Goeben en Alemania, después de su lucha en España. Con su acostumbrada bizarría luchó en varios combates (Luwishafen, Rastadt...), terminando las operaciones con la entrada triunfal de Karlsruhe, el 14 de agosto. En esta corta campaña pudo apreciar el príncipe de Prusia las grandes cualidades de Goeben, cosa que había de producirle en adelante los frutos más halagüeños. Fue el primero de ellos una espada de honor que le regaló al despedirse de Goeben, ascendido a teniente coronel, con fecha 12 de julio de 1855. La espada tenía la siguiente inscripción: «Al Teniente Coronel von Goeben, como recuerdo de 1849».

Goeben llevó con frecuencia esta espada, que a su muerte, heredó su hermano.

En 22 de noviembre de 1858 fue ascendido a coronel.

En 1859, con motivo de la guerra italo-francesa contra Austria, dirigió Goeben la movilización del VIII Cuerpo del Ejército prusiano, que se esperaba sería el primero en actuar, caso de guerra contra Francia. Pero la paz de Villafranca, disipó, por entonces, las nubes bélicas.

Y llegamos, con esto, a otro episodio de la intensa y agitada vida de nuestro personaje, de especial interés para los españoles: su participación en la «guerra de Africa de 1859-60».

El príncipe regente de Prusia dispuso que tomaran parte en esta campaña, como observadores, algunos oficiales prusianos, y, en 21 de noviembre de 1859 (la campaña había comenzado en octubre), nombró una escogida Comisión, designando como jefe al coronel von Goeben. La componían otros seis oficiales. Llegados a Marsella el 10 de enero de 1860, embarcaron el 12 para Alicante; de aquí salieron el 15 para Madrid, donde fueron recibidos por Isabel II. Dirigiéndose a Cádiz y de allí, el 26, para la rada de Tetuán.

Fueron amablemente acogidos por el general O'Donell. Aún pudo Goeben ver realizadas sus ansias de luchar contra los infieles, tomando parte en las batallas de Samsa y Uad-Ras, pues el 25 de marzo se suspendieron las hostilidades, reanudándose las negociaciones de paz interrumpidas el 11 de febrero. En la acción de Samsa fue herido el teniente von Fena, de la misión.

Esta embarcó seguidamente para España. El 2 de abril visitó Goeben el Peñón de Gibraltar, y, pasando por Sevilla y Granada, regresó a Madrid, donde fue recibido, en audiencia de despedida, por la reina. Recompensado con la cruz de primera clase de la Orden de Carlos III, recibió después la medalla conmemorativa de la Campaña de Marruecos.

Como resultado de esta breve campaña publicó Goeben una obra en dos tomos, titulada: *Reise und Lagerbriefe aus Spanien und dem spanischen Heere in Marokko*. Hannover, 1863. Hahnsche Hofbuchhandlung (*Cartas del viaje y del campamento desde España y la guerra de España en Marruecos*, Hannover 1863. Librería de la Costa de Hahn).

El 18 de octubre de 1861, con motivo de las fiestas de la coronación de Guillermo I fue ascendido a general; contaba cuarenta y siete años.

* * *

En la *guerra germano-danesa*, que comenzó el 31 de enero de 1864 (guerra de los Ducados), desarrolló Goeben sobresaliente actividad y destreza, de tal modo, que en seguida atrajo hacia sí todas las miradas y fue elegido para cuantos servicios exigían prudencia y arrojo. Hasta el punto que la consigna de guerra del príncipe Federico fue: «Goeben, valiente, adelante».

En uno de los primeros combates (el de Büsselkoppel, en 17 de febrero), le hirieron gravemente al caballo que montaba y un trozo de granada le alcanzó el casco.

En las decisivas jornadas del paso y combate de Alsen, en los últimos días de junio, fue sobresaliente la actuación de Goeben, a quien mataron el caballo. Y en medio del fragor del combate recordaba a su oficial de órdenes que «se había sentido orgulloso cuando recibió su primera herida en la guerra carlista». Fue también destacada su actuación en el combate de Düppel.

Su brillante y eficaz actuación en esta guerra fue premiada con la Orden «Pour le mérite», con la encomienda de la Orden imperial y real austriaca de Leopoldo, con distintivo de campaña, y la Orden del Mérito Militar del Gran Ducado de Mecklemburgo, además de las medallas de la campaña, la de Düppel y la de Alsen.

El 18 de junio de 1865 ascendía a general de división, encontrándose en Münster (Westfalia) al mando de la 13.^a, de guarnición en aquella plaza. El rey Guillermo le dió nueva prueba de su estimación, otorgándole en 19 de octubre de dicho año la estrella de segunda clase de la Orden del Aguila roja con hojas de roble y espadas.

* * *

La *guerra austro-prusiana* de 1866 fue conducida por Prusia, como es sabido, sobre dos teatros de operaciones: el de Bohemia y Moravia, y el de Alemania occidental. Goeben actuó en el segundo.

Peleando siempre en la línea más avanzada, dirigió, con su extraordinaria pericia y suerte favorable, varios combates, luchando siempre contra un enemigo numéricamente superior.

Fue sobresaliente su comportamiento en la batalla de Kissingen (Baviera), la más importante de toda la campaña del Main. Este importante hecho de armas fue narrado detalladamente por Goeben en un escrito titulado «El encuentro de Kissingen de 10 de julio de 1866». En los combates del día 25 de julio un trozo de metralla le desgarró la guerrera, sin herirle. Y el 2 de agosto entró, vencedor, en Würzburg.

Escribió, también, un detallado informe titulado: «El combate de Dermach, el 3 de julio de 1866», que es el primer hecho de armas importante de esta campaña en el que intervino.

Con el producto de estos trabajos literarios ayudaba a parientes

próximos necesitados en el extranjero; rasgo que demostraba su despego por las riquezas materiales.

La campaña de 1866 le convirtió en el jefe más famoso del Ejército. Como recompensa por los méritos que contrajo en ella fue nombrado coronel honorario del Regimiento de Infantería de Westfalia número 55, recibiendo las ramas de roble de la Orden «Pour le mérite».

* * *

Aún más brillante, si cabe, fue la actuación de nuestro Goeben en la *guerra franco-alemana de 1870-71*, coronación de su larga e ininterrumpida carrera de gloria.

El 18 de julio de 1870 una Real Orden le nombraba jefe del VIII Cuerpo de Ejército, que se presumía sería el primero en luchar con el Ejército francés. Al siguiente día Francia declaraba la guerra.

El día 26 de julio era promovido a teniente general, sin haber cumplido los cincuenta y cuatro años; siendo el más joven de su empleo en el ejército.

El 2 de agosto se batía con los franceses en la memorable jornada de Saarbrücken.

Toma parte destacada en varios hechos de armas victoriosos, avanza hacia Metz, formando parte del primer ejército, e interviene decisivamente en la batalla de Gravelotte-Saint Privat. El 10 de octubre celebra sus bodas de plata durante el sitio de Metz. Tan pronto capitula esta plaza, marcha con sus tropas contra Reims (15 de noviembre) y Compiègne (20 de noviembre). El 27, a pesar de estar enfermo, combate en Amiens, que ocupa al siguiente día. El 5 de octubre entra en Ruán. El 9 de enero se hace cargo Goeben del mando del primer ejército, rechazando los ofrecimientos de refuerzos que se le hacían desde Versalles, dada la inminencia de grandes acontecimientos.

Efectivamente, el ejército del general Faidherbe, que marchaba desde el Norte hacia París, ocupa San Quintín el día 17 de enero de 1871; allí se encamina Goeben, a toda prisa, avanzando sus tropas a pie, pues faltaba material de ferrocarril. A las ocho de la mañana ataca a nuestro héroe con sus 30.000 hombres a los 40.000 de su adversario. A las seis de la tarde entraba Goeben victorioso en

San Quintín, del que se retiró Faidherbe, dejando 9.000 prisioneros y siete cañones en poder del vencedor (9).

Este fue el último hecho de armas importante de Goeben. Nueve días después (el 28 de enero de 1871), se concertaba el armisticio de Versalles.

Fue condecorado con la Gran Cruz de Hierro, que sólo se concedió, además de a él, a seis mariscales.

* * *

A principios de junio regresó a Coblenza, al mando nuevamente del VIII Cuerpo de Ejército. Por el mal estado de salud de su esposa, y con profundo sentimiento, no tomó parte en la entrada triunfal en Berlín (el 16 de junio de 1871), haciendo de solícito enfermero.

La esposa idolatrada falleció en 12 de noviembre.

Diez años permaneció Goeben al frente de su VIII Cuerpo de Ejército, haciendo su fiel «guardia en el Rin». El 6 de noviembre de 1880 sintióse repentinamente enfermo, y el 13 pasó a mejor vida.

El jefe interino del VIII Cuerpo de Ejército, teniente general von Beyer, publicó la siguiente orden del día:

«A las siete horas y diez minutos de la tarde de hoy, a los sesenta y cuatro años de edad, y tras corta enfermedad, ha fallecido a consecuencia de erisipela y difteria, el teniente general von Goeben, comandante en jefe del VIII Cuerpo de Ejército, jefe del regimiento de Infantería de Renania núm. 28, coronel honorario del 6.º regimiento de Westfalia, 55 de Infantería, Caballero de la distinguida Orden del Aguila negra, Gran Cruz de Hierro, del Aguila roja con roble y espadas, Caballero de la Orden «Pour le mérite» con roble y de otras muchas Ordenes nacionales y extranjeras.

«El difunto tomó parte desde 1836 a 1840 en la guerra civil de España bajo las banderas carlistas, distinguiéndose por su elevada inteligencia y extraordinario valor; en el año 1849, en Baden y el Palatinado, y en el de 1860, en Marruecos, asistió a diversas operaciones; condujo de triunfo en triunfo a la 26 brigada de Infantería en 1864, a la 13 División en 1866 y en 1871 al VIII Cuerpo de Ejército. Vió la muerte cara a cara en más de 60 combates y batallas.

(9) Sobre estos acontecimientos escribió Goeben un trabajo titulado: *Una palabra de rectificación al general Faidherbe sobre los combates de Bahaume, los días 2 y 3 de enero de 1871.*

»El Ejército deplora la desaparición, en la plenitud de sus fuerzas, de uno de sus caudillos más estimados, siempre victorioso, pleno de gloria. El VIII Cuerpo de Ejército pierde a su general en jefe que por las excelsas cualidades de su corazón, de su carácter y de su inteligencia, fue admirado y querido como un modelo de virtudes humanas y castrenses.

»El nombre de Goeben permanecerá en todo tiempo sin olvidarse en los anales de la Historia y en el recuerdo del Ejército.»

* * *

Para completar el estudio de esta gran figura de la historia militar contemporánea, esbozamos ahora su personalidad humana, con la mención de las sobresalientes condiciones de su carácter.

Fue hombre dotado de fuerza de voluntad extraordinaria, a lo que unía un agudo entendimiento y finísima sensibilidad; conjunto de cualidades que raramente se dan juntas. Siempre estaba alegre. Con todo ello, sin darse cuenta, ejerció una gran atracción sobre los demás.

Era proverbial su franqueza y amor a la verdad, que se manifestaron en toda ocasión, sin temer a los de arriba. Siempre estaba dispuesto a confesar sus faltas y errores. Sus sentimientos eran elevados y caballerescos; benévolo con todos, pero más aún con los pobres y oprimidos. Defendió y cuidó siempre con decisión a sus subordinados. No le gustaban las hipocresías ni los servilismos.

Estimaba como cualidades indispensables en el oficial la rectitud de conciencia y la honradez. Era muy severo cuando las echaba de menos.

En sus informes sobre aptitudes, era Goeben la escrupulosidad misma. Comprobaba con toda exactitud sus juicios por escrito, sopesando las palabras en balanza de precisión.

Preocupóse intensamente de su formación cultural. Fue observador de todo progreso científico o artístico. Hasta el fin de su vida fue lector infatigable. Le interesaban, naturalmente, las ciencias militares, especialmente las de historia militar y ciencias afines, que estudiaba a fondo. Poseedor del francés, inglés y español, que dominaba perfectamente, y con buenos conocimientos del latín, italiano y sueco, leía con asiduidad revistas y periódicos publicados en Austria, Francia, Inglaterra, Italia y Suecia. Era, como hemos visto, escritor documentado y elegante.

Aficionado inteligente a las bellas artes, conservó toda su vida gran amor a la música; en su juventud tocó la flauta y la guitarra, instrumentos que practicó mucho en España.

No gustaba de la publicidad. Llevaba una vida muy morigerada; apenas tenía necesidades. No fumaba ni bebía licores. No sentía inclinación alguna por los negocios ni apreciaba el dinero.

Su manera de expresarse era escogidísima; denunciaba en seguida al hombre profundamente culto, constituyendo un placer escucharle.

Durante toda su vida sintió Goeben la nostalgia de los países exóticos, sobre todo del Mediodía. Como España estaba lejos, iba con frecuencia a Italia, quizá porque allí revivía las vivencias de nuestra Patria, la época de sus elevados sueños y esperanzas. Frecuentemente y con placer hablaba de España con gran entusiasmo.

Tenía un característico aspecto exterior. Pero poco fotogénico quienes le conocieron aseguran que las fotografías y grabados que de él se conservan corresponden poco a su verdadera personalidad.

Era Goeben de elevada estatura, delgado, musculoso, aunque engordase algún tanto en sus últimos años. Desde la primera juventud usó gafas, que apenas velaban sus grandes ojos de color gris azulado. Tenía la tez pálida, aunque sana, y eran ágiles sus movimientos. Su frente ancha y pensativa estaba rodeada de abundante pelo castaño, que no encaneció hasta pocos años antes de su muerte. La hermosa nariz aguileña, la boca pequeña con labio superior cubierto por espeso bigote oscuro y la pequeña perilla, daban expresión particular a su cara.

Vestía ordinariamente sencillo uniforme de levita, sin condecoraciones.

En su camino por la tierra ascendió «per aspera ad astra», como reza la antigua divisa germánica.

En resumen, por su contextura corporal y por su espíritu y virtudes, fue Goeben un verdadero Quijote del siglo XIX.

* * *

Su patria dedicó a su memoria pruebas de afecto y admiración poco corrientes.

El 17 de noviembre de 1880, día de su entierro, los periódicos alemanes llenaron sus páginas con el recuerdo de su gloria. La

emperatriz Augusta envió una corona, y el príncipe heredero su pé-same.

Al año siguiente de su muerte se colocó una lápida conmemorativa en su casa natal, en Stade, que posteriormente le erigió un busto. El emperador Guillermo II dispuso en 1899 que el segundo regimiento de Infantería renana usase el nombre de Goeben. Coblenza le erigió una estatua en una de las plazas de la ciudad, que desde entonces se llamó plaza del general Goeben. Esta estatua ha desaparecido con ocasión de la última guerra mundial. El año 1941 celebró solemnemente esta ciudad el 125 aniversario de su nacimiento.

En 1912 se dio su nombre a un acorazado de 23.000 toneladas de desplazamiento, tripulado por 1.013 hombres, uno de los más hermosos buques de la marina de guerra alemana, y que en unión del «Breslau» tantas hazañas realizó, a lo ancho de todos los mares, en los comienzos de la primera guerra mundial. A su bordo ocurrió la sugestiva anécdota siguiente:

En la primavera de 1914, recorría el Mediterráneo una potente escuadra alemana que, entre otros puertos, visitó el de Spezia (Italia). De dicha escuadra formaba parte el «Goeben»

En su residencia de Viareggio estaban pasando entonces una temporada los príncipes don Jaime y doña Alicia, hijos de Carlos VII, quienes fueron amablemente invitados a visitar el buque, en el que se les recibió con toda amabilidad y con honores reales.

Al preguntarle doña Alicia al comandante la razón del nombre de su buque, respondióle aquél: «Alteza Real, Goeben era uno de nuestros más brillantes generales, que en 1870 mandó un Cuerpo de Ejército durante la guerra franco-alemana y que tiene, no una, sino dos hojas de servicios, gloriosísimas: la primera en el ejército carlista, del abuelo de Su Alteza, y la segunda, en el alemán».

Como no podía menos de suceder, la vida y las obras de Goeben fueron muy estudiadas en Alemania y aun fuera de ella. Sus escritos militares, henchidos de excelentes doctrinas y enseñanzas, fueron alimento de muchas generaciones de oficiales germanos.

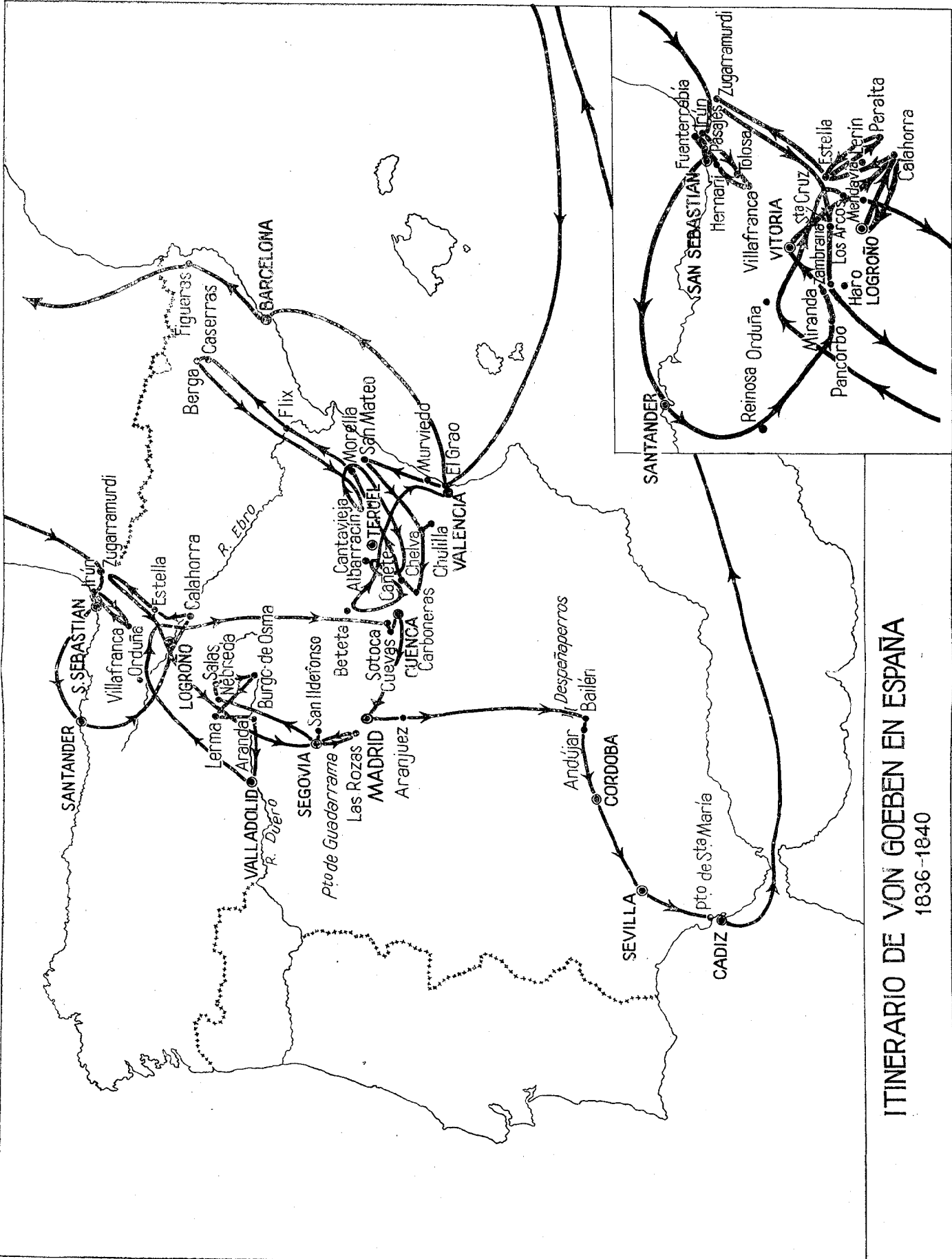
Sobre él existe una completa bibliografía, de la que se relacionan los títulos de que, hasta ahora, he tenido conocimiento. Por desgracia, se trata de obras prácticamente imposibles de encontrar hoy día.

BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA

- PRÍNCIPE FÉLIX DE LICHNOWSKY: *Memorias de la guerra civil 1837-39*. Traducción de don José María Azcona de Rada. Espasa-Calpe. Madrid, 1942.
- AUGUST VON GOEBEN: *Vier Jahre in Spanien. Die Karlisten. Ihre Erhebung, ihr Kampf und ihr Untergang. Skizzen und Erinnerungen aus den Bürgerkriege*. Hannover, 1841.
- GEBHARDT VON ZERNIN: *August von Goeben. Eine Auswahl seiner Briefe mit einem einleitenden Lebensbilde. Mit einem Bildnisse in Stahlstich*. Berlín, 1901. Ernst Siegfried Mittler und Soher.
- JOSÉ MARÍA AZCONA (Correspondiente de la Real Academia de la Historia): *Zumalacárregui. Estudio crítico de las fuentes históricas de su tiempo*. Prólogo del excelentísimo señor Conde de Rodezno, titular de la misma Academia, 1946, Instituto de Estudios Históricos, Madrid.
- GUILLERMO RITTVAGEN: *El famoso general alemán von Goeben inició su carrera en el ejército carlista*. Artículo aparecido en el número de abril en 1941 en el diario de Madrid «El Alcázar».
- FRANCISCO LÓPEZ SANZ (Sab.): *Goeben, caudillo olvidado*. Artículo aparecido en el número 18.527, correspondiente al día 7 de marzo de 1954 del diario «El Pensamiento Navarro», de Pamplona.
- MELCHOR FERRER: *Historia del Tradicionalismo español*. Sevilla, Editorial Católica, tomos XII, XIII, XIV, XV, XVI y XVII.

OTRA BIBLIOGRAFÍA

- AUGUST VON GOEBEN: *Reise und Lagerbrieife aus Spanien und den Spanischen Heere in Marokko*. Hannover, 1863. Hahusche Hofbuchhandlung.
- ROEHLE (REINHARD): *Goeben Erlebnisse in Spanien, Lager und Leidensjahre des deutschen Heerführerer nach seinen eigenen Aufzeichnungen mit 41 Abbildungen ini Text und eine Karte*. Union deutsche Verlagsgesellschaft. Stuttgart, Berlín, Leipzig.
- LAUTERBACH (FRIEDRICH): *Goeben Das Lebensbild eines grossen Soldaten von Karlistenkrieg in Spanien bis zur Wacht am Rein* Verlag A. W. Hayn's Erben. Berlín.



ITINERARIO DE VON GOEBEN EN ESPAÑA

1836-1840